

recrea en esta atmósfera malsana; los periódicos y las obras dramáticas ensalzan y glorifican escándalos tan horribles que es difícil acostumbrarse á los usos y á las escenas de este lazareto. Las tres bases de toda sociedad civilizada, el ejército, la justicia y la administración, están corrompidas en Francia. La justicia se encuentra en situación tan abyecta que los ministros la aplican á su capricho, según les inspira la ira ó la amistad. El magistrado es un empleado que en lugar de consultar los autos para formar su juicio, pregunta á su superior. La opinión pública está corrompida sistemáticamente con el auxilio de una prensa inmoral y de escritores mercenarios. No se deja penetrar ninguna luz en esta atmósfera malsana, se reparte la verdad en dosis homeopáticas y se deja consumir la nación en esta ignorancia cómoda y estúpida. La vida es artificial, todo es anti-natural; el lujo es loco, las inmundicias son irritantes; no hay más Dios que el dinero ni más ideal que el estómago. En el ejército francés ha penetrado la decadencia, que lo dividirá y deshonrará. Los ascensos se esperan solo del favor. Nadie habla de estudiar ni de aplicarse; en todas partes se ven solo la ociosidad, la indolencia y la codicia. Ya no se sirve á la Francia, á la bandera y al honor; solo se precipita la gente sobre las ocasiones de servir á la dinastía. El espionaje y la delación se encuentran, según se asegura, en todos los grados de la escala social. África es una escuela funesta para el ejército francés: allí hay celadas, combates de sorpresa y falsedad, y se provocan sublevaciones para conseguir ascensos y favores. La centralización ha hecho de Francia una gran máquina que mantiene un ejército de burócratas rutinarios y arbitrarios. Casi todos los puestos de la administración han caído en manos de abogados y periodistas, es decir, en las peores manos en que una nación puede confiar su suerte. Desde 1793 estas dos clases de holgazanes obtienen todos los puestos, se meten en todas partes y lo rebajan y echan á perder todo. No hay más que abrir los ojos y contar: embajadores, ministros, diputados, casi todos son abogados ó periodistas; pero raras veces son escritores y oradores verdaderos, son simplemente parlanchines. El periodismo francés es un instrumento que solo sirve para el pueblo francés. Salvo dos ó tres excepciones, estos extraños periódicos no saben nada de cuanto ocurre en el resto del mundo. Su mundo está comprendido entre el boulevard Montmartre y la Magdalena. Su polémica es una contienda viva entre dos especialistas que procuran atraer al público á su tienda. El francés no se cuida de lo que pasa fuera de sus fronteras, pero quiere que le entretegan, y así se le divierte; por esto se ha hecho el periodismo la crónica de las alcobas sospechosas y de las historias escandalosas de la ciudad y de la corte. El periódico que sabe husmear con más destreza, tiene éxito y se hace popular. Si estos dos manantiales de la literatura llegaran á cegarse súbitamente, el periodismo francés dejaría de existir, moriría de terrible anemia.»

Aunque en este cuadro los colores son demasiado fuertes, no puede negarse la exactitud del dibujo. Otro testigo, Helie, que miraba las cosas bajo un punto de vista enteramente diferente y que escribió sus impresiones después de la caída del imperio; autor de la obra repetidas veces citada de las constituciones políticas de Francia, bonapartista independiente; hombre de opiniones moderadas en todo, y como proteccionista inclinado á culpar en gran parte al libre cambio del materialismo creciente, señala los siguientes defectos nacionales como causa de la decadencia de Francia: «Vanidad y orgullo, frivolidad y falta de prevision, arrogancia y precipitación en nuestras resoluciones, unidas al pronto desaliento, predilección por los placeres y la vida cómoda, pasión por la moda, unida al prurito implacable de hacer la

oposición, menosprecio de las formas legales, complacencia demasiado condescendiente, pasión inconsiderada por lo extranjero, terquedad en sostener nuestra opinión y derecho, y finalmente, nuestro peor defecto, la pasión por la igualdad social.» «El gobierno y el pueblo, dice este autor, trabajaron en igual sentido, y esto nos puso en gran confusión. Los poderes del Estado habían perdido del todo su fuerza, porque el exceso de los derechos del emperador no había dejado elasticidad é independencia ni á los grandes cuerpos del Estado ni á las autoridades locales ni á los individuos. La magistratura se completaba generalmente con individuos de la clase media y le faltaba importancia política; la manera de ascender apartaba á muchos individuos de sus deberes, los impulsaba á solicitar continuamente ascensos é hizo á muchos hasta serviles. En el ejército descorazonaba á los más capaces el abusivo ascenso por los años de servicio, que era resultado de la falsa inclinación á la igualdad y ponía las medianías á la cabeza de todos los organismos militares. Nuestras escuelas especiales no supieron retener una parte de la juventud que hubiera podido dedicarse al servicio del Estado, y daban á los demás un exceso de ciencias positivas, que atrofiaban el espíritu, y demasiado poca instrucción filosófica, que hubiese podido ensanchar la inteligencia y formar el corazón. La división excesiva de los ramos del servicio público, el abuso que se hizo de la incompatibilidad de los empleos y las traslaciones incesantes, hacían prosperar en todas partes á las medianías. El medio engañoso de las reformas que se aplicó á los males políticos, contribuyó á lanzar tanto á las corporaciones consultivas como á los individuos á la palestra de los partidos y de la crítica estéril, en lugar de hacer de ellos los puntales robustos y libres del orden constitucional. El periodismo volvió á entregarse á una inmoralidad sin nombre desde que el reciente uso, rápidamente extendido, de vender números sueltos de los periódicos prometió el mayor lucro á los embusteros más hábiles y más descarados.»

«El desorden social fué aun más grande que el político. No se enfrenaron ni enmendaron nuestras costumbres demasiado democráticas. La potestad paterna quedó rebajada por estas excrecencias democráticas; las familias perdieron su unión y vivieron separadas bajo la protección del poder del Estado. El excesivo aumento del comercio que produjo el libre cambio, había despertado la concupiscencia y el egoísmo y enriquecido á muchos demasiado. La usura levantó la cabeza, acumulando descaradamente sus tesoros robados y hasta sacó del libre cambio argumentos á su favor para justificar su conducta con una moral nueva. La aristocracia de los capitalistas estaba emponzoñada por las doctrinas de Adam Smith, que favorecen sus intereses á expensas de los obreros pacíficos y de los proletarios. Un lujo desenfadado extendió en ella la corrupción. La libertad de coalición separaba cada vez más á los patrones y obreros en dos clases enemigas. La fuerza de una competencia desordenada fué concentrando el trabajo en las fábricas y desmoralizaba allí las masas, que olvidaron la vida de familia. Las industrias pequeñas, no menos necesarias que la propiedad pequeña, fueron desapareciendo y el comercio se vió favorecido á expensas de la agricultura. Los precios crecientes de los objetos más necesarios, en los cuales influyeron también por una parte la codicia de los vendedores y por otra la necesidad de los consumidores, llevaron la confusión á la vida doméstica. La centralización social, que se desarrolló gradualmente sin obstáculo gracias á los ferro-carriles, desangró á las provincias más lejanas y la Francia vivía solo en París; lo que dió lugar en cierta manera á una nueva especie de vida vagabunda, la de las familias ricas que paseaban su egoísmo

y holgazanería por los sitios de verano y por los puntos de recreo de invierno, sin cuidarse de la suerte de sus compatriotas, casi sin domicilio y sin pertenezca á ningún pueblo, provincia ni patria, gastando las riquezas que Dios les había concedido para auxiliar á los pobres. El clero procuró separarse del Estado; se complacía en su altanero aislamiento y educaba en sus colegios una parte de nuestra juventud en los principios ultramontanos, mientras la universidad se inclinaba á los libres pensadores y aun á los ateístas. Los curas párrocos, insuficientemente instruidos, estaban animados más de fanatismo que de religión; nuestros obispos, nombrados casi todos por favor, gobernaban sus diócesis sin autoridad y aun bajo el espionaje de las congregaciones, que se habían entregado al absolutismo de la Santa Sede. Estos obispos obedecían á su clero, para no quedar abandonados por él. La polémica anti-religiosa atacó á la religión con violencia, apoyándose cada vez más en principios que los ignorantes no sabían combatir con la fuerza necesaria.»

Mucho hay en esta pintura incompleto é insostenible, como particularmente las acusaciones que el autor dirige á los principios del libre cambio y que corresponden no á este sino al exagerado aprecio de las riquezas materiales; pero á pesar de esto, la descripción que acabamos de citar reúne en un enérgico cuadro los varios y múltiples males que padecían el Estado francés y el espíritu de la nación. La Francia, y mucho más el extranjero, estaban muy lejos en 1863 de hacerse cargo de esta situación en toda su extensión. París fué sin duda la reina de las ciudades; no era solamente el centro de la Francia, sino también el del arte, del lujo, de la moda; era la capital de Europa. Cuanto menos encontraba el extranjero en su propio país lo que pudiese comparar con lo que veía en la capital de Francia, tanto mayor era la admiración que le inspiraba el genio francés. Por eso las demás naciones, empezando por las pequeñas, ensalzaron las excelencias de la Francia y trataron de imitar la civilización francesa. A los dinamarqueses, rumanos, suecos, griegos, holandeses y portugueses, siguieron también los polacos y los rusos, los italianos y los españoles, los ingleses y los alemanes. No se ignoraba que bajo el brillante barniz había mucha carcoma y corrupción, pero esto no impidió ni el goce ni la imitación. La novela francesa inmoral era leída en toda Europa; los dramas, comedias y operetas frívolas de París, celebraban sus triunfos en todos los teatros extranjeros. La influencia general que dió esto al genio francés, adquirió su correspondiente matiz político por la prensa francesa y por los corresponsales de la prensa extranjera que vivían en París. Lo que ocurría en Alemania y hasta en Inglaterra, en Rusia ó en Italia, y con más razón en países menos importantes, era comunicado al resto del mundo exclusivamente por la vía de París, ó por lo menos arreglado á la francesa. Bien se sabía que la prensa francesa no era de ningún modo independiente, que unas veces se conformaba con las indicaciones de los capitalistas y otras obedecía á los mandatos del gobierno, que la resistencia de un periódico acarrearía su supresión; pero á pesar de esto la opinión pública bebía en estas fuentes turbias. Fueron menester las derrotas formidables que sufrió la política de Napoleón desde 1863 en grado siempre creciente para preparar paulatinamente un cambio en este concepto.

CAPITULO XI

LA EXPEDICION Á MÉJICO

La causa principal que produjo la decadencia del imperio fué sin duda ninguna la política vacilante y por lo mismo

SEGUNDO IMPERIO FRANCÉS

desgraciada que observó Napoleón en los asuntos de Alemania, que desde el otoño del año 1863 ocuparon el primer término del desenvolvimiento histórico europeo. La inseguridad de que dió pruebas Napoleón en estas cuestiones, reconocía en el fondo por causa la divergencia que existía entre su fe en el triunfo, que en su opinión había de obtener el principio de las nacionalidades en Alemania como en otros pueblos, y la consideración que debía á la preocupación de los franceses, que miraban con malos ojos el movimiento de unidad nacional en Alemania. Esta inseguridad se aumentó todavía en gran manera por efecto de las dificultades inesperadas que Napoleón mismo se creó con su empresa aventurera en Méjico. Esta empresa formó durante



Antonio Lopez de Santa-Ana (según fotografía)

cierto número de años el fondo oscuro de su política y le quitó la libertad de acción, ya por los peligros militares y diplomáticos que engendró, ya por los efectos perjudiciales que produjo de rechazo sobre la opinión pública. Por esto nos parece conveniente exponer primero á grandes rasgos esta gran complicación transatlántica.

La elección de Abraham Lincoln como presidente de los Estados Unidos, indujo al Sur de la Unión á separarse del Norte. En 8 de febrero de 1861 se unieron siete Estados del Sur en Montgomery (Alabama) en una confederación y eligieron por presidente suyo á Jefferson Davis; los demás Estados esclavistas entraron en la confederación en cuanto no les impidió hacerlo su situación geográfica como los Estados de Maryland y Delaware, y en 14 de abril abrieron la guerra civil con el asedio del fuerte Sumter. Napoleón, así como la opinión pública en Inglaterra, simpatizó desde luego decididamente con los Estados del Sur, no porque le fuese simpática la institución de la esclavitud, sino porque creyó útil en el interés político de la Francia y de toda la Europa que el poder creciente y formidable de los Estados Unidos llegara á debilitarse por la división. El estado de guerra entre el Sur y el Norte se le hizo sensible por la falta de algo, que los Estados del Sur suministraban á la industria francesa, cuya falta obligó á muchas fábricas á suspender sus trabajos quitando el pan á cientos de millares de obreros, por manera que el gobierno y la beneficencia individual hubieron de acudir para socorrer la miseria; y como en In-

glattera produjo aquella guerra civil los mismos resultados y aun en mayor escala, fué fácil llegar á un acuerdo entre las dos potencias europeas respecto de una política comun que por supuesto no era nada favorable á los Estados Unidos. En junio de 1861 publicaron los gobiernos de Francia é Inglaterra sus declaraciones de neutralidad en esta guerra, con lo cual reconocían á los Estados del Sur el derecho de beligerantes mientras los Estados del Norte los consideraban como rebeldes. Al mismo tiempo hicieron saber aquellos dos gobiernos, por supuesto con mucha prudencia, en Washington, que estaban prontos á ofrecer sus servicios, si se deseaban, para mediar entre las dos partes. Aquel gobierno, sin embargo, no quiso admitir semejante mediación, y muy al contrario, Seward, ministro de Negocios extranjeros del gobierno americano, declaró con toda cortesía y decisión que las leyes de la Union no permitían someter ninguna cuestion interior á la decision del extranjero. A pesar de esto no renunció Napoleon á la esperanza de que el Norte se cansara muy pronto de la guerra y finalmente aceptara los servicios de mediación, en cuya opinion le afirmaron luego las ventajas que alcanzaron los Estados del Sur en el verano de 1861. En noviembre de este mismo año un buque de guerra de la América del Norte detuvo cerca de las islas de Bahama al vapor-correo inglés *Trent* y prendió á los dos agentes del Sur, Mason y Slidell, á quienes encontró á bordo. Este acto, contrario al derecho internacional, hizo temer una ruptura entre la Gran Bretaña y los Estados Unidos; y como hubiera gustado mucho á Napoleon que esta ruptura se verificara, hizo saber en seguida al gobierno inglés que la Francia se declaraba en este asunto decididamente á favor de Inglaterra (1); y si bien aconsejó en Washington que no se dejaran llegar las cosas á una ruptura, y apoyó en union de las otras grandes potencias con mucha energía la restitution de los presos, no fué ciertamente de su gusto que Lincoln accediera inesperadamente á la reclamacion inglesa en 26 de diciembre. En efecto, por aquel tiempo ya se habia comprometido Napoleon en una empresa que no podia esperar realizar si la Union americana se sostenia, y que por lo contrario prometia muy buen éxito si la Union, además de la guerra civil, se veía complicada en una guerra con Inglaterra. Esta empresa fué la expedicion de Méjico.

Los partidos políticos que desde casi medio siglo antes se disputaban el gobierno de Méjico, habian impedido de la manera mas lamentable la prosperidad de aquel país y además habian dado ocasion á frecuentes conflictos con potencias europeas y con la Union norte-americana. El motivo de estos conflictos eran la mayor parte de las veces deudas que un partido habia contraído y que no queria reconocer el partido contrario cuando llegaba á ser gobierno. En el conflicto de que á la sazón se trataba no estaba la Francia interesada en primera línea, sino España, que habia procurado en 1855 por medio de un bloqueo de Veracruz realizar sus grandes reclamaciones de dinero, pero que habia visto perdidas otra vez sus esperanzas por medio de un nuevo cambio brutal de presidente. Commonfort, que habia hecho el arreglo con España, habia sido derribado por el general Zuloaga y éste á su vez habia dejado su puesto en febrero de 1859, medio voluntariamente y medio á la fuerza, al general Miramon. Contra estos dos luchaba á la cabeza del partido liberal Benito Juarez. Este habia nacido en el año 1809 de padres indios en una aldea cerca de Oajaca; habia cambiado la carre-

ra eclesiástica, para la cual habia sido destinado al principio, por la jurídica y desde 1836 habia hecho un papel cada vez mas importante en la política de su país. En 1852 siendo gobernador de su Estado natal fué desterrado por el general vencedor Santa-Ana, y entonces pasó algunos años en la Habana y en Nueva Orleans. En 1855 fué uno de los fomentadores mas activos de la revolucion que llevó á Commonfort á la presidencia de la república de Méjico. Siendo Juarez presidente del tribunal supremo tomó posesion en virtud de la constitucion de la presidencia de la república á la caída de Commonfort, y fué reconocido por los Estados Unidos. En diciembre de 1860 expulsó á Miramon completamente del país, y el expulsado con el auxilio de muchos partidarios suyos, buscó en Europa los medios de volver y derribar á Juarez. Para esto el mismo Juarez, reconocido por Inglaterra y Francia, y elegido en toda regla presidente en junio de 1861, le facilitó la ocasion, porque apretado por la penuria suspendió en 17 de julio de 1861 por dos años los pagos convenidos con los acreedores extranjeros, entre los cuales fueron los principales además de España, Inglaterra y Francia. Estas tres potencias recibieron además graves motivos de queja por los actos brutales que se cometieron contra sus representantes y nacionales en Méjico (2). El embajador español habia sido expulsado, y el embajador francés y tres súbditos ingleses fueron objeto de un atentado en 14 de agosto. En esta situacion, era natural que las tres potencias se unieran para conseguir en comun una satisfaccion de Méjico; pero mientras el gobierno inglés se proponia únicamente este objeto y en el borrador del tratado que lord John Russell sometió á la aceptacion de las otras dos potencias, expresó explícitamente la condicion de que no ejercerian ninguna influencia en los asuntos interiores de Méjico, España y Francia concibieron desde el primer instante propósitos de mas alcance. El ministro de Estado español, Calderon Collantes, apoyado por Napoleon, insistió en que se exceptuara únicamente toda influencia que perjudicara el derecho del pueblo mejicano de elegir libremente la forma de su gobierno. La idea reservada de las citadas dos potencias era establecer la monarquía en Méjico, y ya en 19 de setiembre de 1861 habia dicho Thouvenel que entre los pueblos neolatinos solo la monarquía podia formar un gobierno fuerte, y que todas las personas honradas y de talento en Méjico profesaban la misma idea, que el emperador estaba pronto á apoyar excluyendo desde luego toda candidatura de un príncipe francés (3). Ya entonces Napoleon habia fijado la vista en el archiduque Maximiliano, que desde su visita á Paris en 1855 estaba muy bien quisto en las Tullerías, y hasta se dice que ya en el año 1859 habia mencionado esta candidatura en Villafranca. España tenia fijada la vista en uno de sus infantes, y además se atribuyó al general Prim, que estaba casado con una mejicana, el plan de conquistar para sí el trono de Méjico (4). Apenas habia partido monárquico en Méjico aunque de cuando en cuando hubo algunos movimientos en este sentido, pues en 1846 se habian dirigido ya emigrantes mejicanos al gobierno austriaco para pedirle un archiduque á quien dar su trono de Méjico. Tambien habian comunicado sus proyectos á Napoleon cuando todavía era presidente, y en julio de 1854 Santa-Ana habia entablado negociaciones en este sentido en Madrid, Paris y Viena por medio de Gutierrez Estrada, el propagandista mas

(2) Randon, tomo II, pág. 57.

(3) Thouvenel, tomo II, pág. 168. «El Austria tiene bastantes archiduques para darles uno.»

(4) Keraty, pág. 12. Thouvenel, tomo II, pág. 301, dice hablando de Prim: «El despecho que siente por haber perdido sus esperanzas personales le lleva demasiado lejos.»

activo de estas ideas monárquicas. Apadrinaron esta misma idea Miramon y su embajador en Paris, el general Almonte, y entraron en negociaciones con la corte de Viena. En particular sin embargo fué Gutierrez Estrada quien de acuerdo con Napoleon se esforzó por atraer á su idea al archiduque Maximiliano, del cual en efecto consiguió á fines de 1861 la promesa escrita de que aceptaria la corona siempre que Francia é Inglaterra le apoyaran (1). Con el estallido de la guerra separatista en los Estados Unidos se hizo evidentemente mas probable la realizacion de tales proyectos, porque la Union á la sazón no se hallaba en estado de oponerse á ellos con las armas, y todo cuanto pudo hacer para mostrar su simpatía por la república vecina, y en particular por Juarez, fué negarse á tomar parte en una alianza contra Méjico para la cual fué invitada. Por el contrario, con el fin de hacer desaparecer el pretexto financiero para la guerra, el gobierno de los Estados Unidos ofreció garantizar los intereses de la deuda mejicana por cinco años. Esta proposicion y la mediación de los Estados Unidos no fueron naturalmente aceptadas, atendidas las esperanzas que Napoleon y las personas que le rodeaban tenian respecto de Méjico. El emperador esperaba fundando el imperio mejicano, dar nueva importancia á la raza neo-latina en América en vista del dominio creciente de la raza germánica en aquella parte del mundo, y al mismo tiempo creía encontrar en aquel país un ventajoso mercado para los productos de la industria francesa y para él el puesto de un protector. La emperatriz por su parte deseaba auxiliar á la Iglesia de Méjico, á cuyo favor le excitaba el arzobispo de Méjico Labastida, pues que los bienes de la Iglesia habian sido secularizados por Juarez. Por este medio la emperatriz creía prestar algun servicio á la religion. El conde de Morny finalmente, como representante de los intereses de la hacienda tenia tambien motivo bastante para desear una guerra y un nuevo gobierno en Méjico, á fin de que fuesen reconocidas por este último en globo las reclamaciones de los acreedores franceses sin ser examinadas en detalle, porque no hubieran podido sostener semejante examen. En efecto, se fundaban estas reclamaciones en su mayor parte en un empréstito estafalarario que habia hecho con Miramon en 1859 un suizo llamado Jecker, y este empréstito habia sido colocado en Paris en 1860 por un comité á cuya cabeza se hallaba el conde de Germiny, director del Banco de Francia. Juarez no quiso reconocer este negocio y Jecker acudió á Morny, al cual prometió el 30 por 100 del beneficio si conseguia que el gobierno mejicano pagara esta deuda. Morny proporcionó á Jecker la nacionalizacion francesa en marzo de 1862 é hizo que la embajada francesa en Méjico asegurara á los acreedores en nombre del gobierno francés que serian completamente satisfechas sus reclamaciones. Estas subian en total á 75 millones de francos, de los cuales reclamó Jecker 14 millones, que decia haber pagado por bonos del tesoro mejicano, por los cuales solo habia pagado en realidad 3 y $\frac{3}{4}$ millones.

Con mayor actividad todavía que la corte francesa impulsó el general Prim la guerra, de cuya direccion se encargó personalmente. Tan luego como estuvo firmada la alianza de las tres potencias en Londres, el 31 de octubre de 1861 marchó Prim á Cuba, se puso á la cabeza de 5,600 hombres, desembarcó en Veracruz el 8 de diciembre y ocupó la ciudad sin resistencia. En enero de 1862 llegaron tambien allí 3,300 franceses, de los cuales tres cuartas partes eran tropa de marina mandada por el almirante Jurien de la Graviere, y mil soldados ingleses á las órdenes del almirante Dunlop. Des-

(1) L. de Keraty: *L'empereur Maximilien, son élévation et sa chute*, Leipzig, 1867, pág. 9.

de un principio no hubo union entre los aliados. En una proclama comun que dirigieron á los mejicanos y en una nota que enviaron á Juarez usaron el mismo lenguaje, pero prometiendo por un lado no mezclarse en los asuntos interiores del país y declarando por otro que querian ser testigos, y si necesario fuesen protectores, del renacimiento de Méjico. En esta ocasion el embajador francés Dubois de Saligny declaró á sus colegas desde luego que el emperador, que le dispensaba su particular confianza, no esperaba el renacimiento de Méjico sino de la monarquía, y al mismo tiempo excitó la oposicion decidida del embajador inglés, sir Carlos Wyke, con la crecidísima suma de dinero que pedia del gobierno de Méjico (2). Prim renunció pronto á su proyecto ambicioso personal, porque corria ya la noticia de que Napoleon iba á apoyar al archiduque Maximiliano como pretendiente al



Benito Juarez

trono de Méjico (3), y Prim no pensaba sacar las castañas del fuego para el austriaco. Por eso se mostró de repente muy pacífico; y como disponia del grueso de las tropas expedicionarias y tenia además de su parte al comisario inglés, el francés tuvo que acceder á que se entablaran negociaciones con Juarez, solicitando de él por lo pronto que pusiera á disposicion de las tropas aliadas, á quienes amenazaba la fiebre en Veracruz, algunas ciudades salubres, que los aliados se comprometieron á evacuar si las negociaciones no conducian á un arreglo. Juarez accedió, y en 9 de febrero de 1862 firmó Prim en La Soledad con Doblado, ministro mejicano de la Guerra, un convenio por el cual se abrieron á los aliados las ciudades de Córdoba, Tehuacan y Orizaba, designando la última como lugar de las negociaciones.

Estas negociaciones no llegaron siquiera á empezarse. El embajador francés pidió que se aplazara la apertura de las conferencias hasta el 15 de abril, para pedir nuevas instrucciones á su gobierno. Estas instrucciones se cruzaron con sus comunicaciones y el 3 de marzo llegó al cuartel general el general mejicano Almonte, que habia sido en tiempo anterior embajador de Miramon en Paris y que era enemigo encarnizado de Juarez. Este general hizo saber que con el consentimiento de Napoleon iba á trabajar en favor de la candidatura de Maximiliano y que esperaba conseguir su eleccion en el espacio de dos meses. Pocos dias despues

(2) El embajador francés no descubrió las intenciones de Napoleon desde el principio, sino mas adelante. (N. del T.)

(3) Prim no tenia proyectos personales, sino la instruccion dada por la reina Isabel, contraria á la candidatura del austriaco. (N. del T.)